



Legislación y paisaje. Un debate abierto en México.

Armando Alonso Navarrete | Martín Manuel Checa-Artasu
Coordinadores



Larrucea Garritz, Amaya (2019).

ORCID: [0000-0001-6278-9930](https://orcid.org/0000-0001-6278-9930)

Devenir histórico del paisaje en México, reflexiones para su protección.

p. 25-44

En:

Legislación y paisaje. Un debate abierto en México / Armando Alonso Navarrete y Martín Manuel Checa-Artasu, coordinadores. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2019.

Fuente: ISBN 978-607-28-1745-6 (versión electrónica)

Relación: <http://hdl.handle.net/11191/6875>

Universidad Autónoma Metropolitana
Casa abierta al tiempo Azcapotzalco



CYAD
Ciencias y Artes para el Diseño

medioambiente

<https://www.azc.uam.mx/>

<https://www.cyad.online/uam/>

<http://www.medioambiente.azc.uam.mx/jefatura.html>

Área de Investigación
Arquitectura del Paisaje

Repositorio Institucional

Zaloamati

"Preservar con amor y cariño el saber"

<http://zaloamati.azc.uam.mx>



Excepto si se señala otra cosa, la licencia del ítem se describe como

Atribución-NoComercial-SinDerivadas

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

D.R. © 2019. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, División de Ciencias y Artes para el Diseño, Departamento del Medio Ambiente, Área de Investigación Arquitectura de Paisaje. Se autoriza copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando se den los créditos de manera adecuada, no puede hacer uso del material con propósitos comerciales, si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado. Para cualquier otro uso, se requiere autorización expresa del titular de los derechos patrimoniales.

Devenir histórico del paisaje en México, reflexiones para su protección.

Amaya Larrucea Garritz

Facultad de Arquitectura.
Universidad Nacional Autónoma de México.
Sociedad de Arquitectos Paisajistas de México.
alarrucea@yahoo.com

Resumen.

Todos los paisajes que miramos hoy se han conformado gracias a un amplio proceso histórico, en el cual se han ido vinculando la cultura y el territorio. Diversas sociedades han elegido valores y con ellos han moldeado el paisaje, de forma que el cúmulo de estas decisiones subyace en su particular y peculiar morfología. Un paisaje es historia y es patrimonio cultural.

Sin pretender ser exhaustivo, pero reconociendo la complejidad que implica la tarea de conceptualizar el paisaje —por su cualidad dinámica como expresión de la naturaleza y debido a la inmensidad de valores culturales que lo transfiguran en el tiempo— este texto presenta una descripción del devenir del paisaje mexicano, a través de la selección de algunos momentos en donde se identifican, por una parte, valores constantes y, por otra, cambios significativos que lo caracterizan.

Las expresiones del paisaje en México aquí descritas se localizaron en manifestaciones históricas o artísticas que denotan diferentes imaginarios simbólicos, considerando que éstos expresan los cambios en los valores que han guiado su apreciación y estructura. El reconocimiento de estos valores y su repercusión en la morfología es indispensable para comprender el paisaje mexicano en toda su magnitud, más allá de lo aparente o visible y, sobre todo, para asegurar que su conservación contribuya en realidad al enriquecimiento cultural.

Así, se hace un recorrido por varios momentos clave en la construcción del paisaje mexicano que, en conjunto, conducen a una reflexión sugerente sobre la situación actual y a la propuesta de un mejor lenguaje de acercamiento al territorio, que sea clave en el camino hacia su protección y salvaguarda.

Palabras clave: Paisaje mexicano, historia del paisaje, protección del paisaje.

Abstract.

Every landscape we see today has been shaped through a broad historical process linked with culture and territory. Several societies have selected values; with which they have molded landscape so that the accumulation of these decisions underlies in the peculiar morphology. Each landscape is history and cultural patrimony.

Without intending to sound exhaustive, but acknowledging the complexity that represents the task of conceptualizing landscape for its dynamic quality as an expression of nature and for the vastness of cultural values that alter it through time, this text contains a description of Mexican landscape through the selection of some moments in which it is possible to identify, on one side, constant values, and on the other, significant changes that characterize it.

The expressions of landscapes in Mexico that are described, were in historical and artistic manifestations that denote different symbolic imaginaries, considering these express the changes in the values that have guided their appreciation and structure. The recognition of these values and their repercussions on morphology is crucial for understanding Mexican landscape in all its magnitude, beyond the apparent and the visible, especially to ensure that its conservation really contributes to cultural enrichment.

A tour is made through several key moments in the construction of Mexican landscape, that altogether take us through a reflection, which suggests today's situation and the proposal of better language for approaching territory that can be key for guiding its protection and safeguarding.

Key words. Mexican landscape, landscape history, landscape protection.

Introducción.

Si bien las reflexiones sobre la definición de paisaje parecen acordar que en la actualidad este término resulta inasible, podemos reconocer que a lo largo de la historia el concepto se ha utilizado en torno a ideas identificables. Su origen, no muy antiguo en términos de evolución cultural, se remonta a la modernidad europea y quizá ésta sea una de las razones por las cuales en su devenir ha sido objeto de diversas interpretaciones fundadas en el pensamiento occidental. Maderuelo (2005) expuso la relación entre el origen del concepto de paisaje y la imagen visual de un territorio, como detonadora del término atado a la incorporación de la palabra en el vocabulario. En lengua castellana, la palabra aparece por primera vez en el *Diccionario de autoridades* de 1737 como "pedazo de país en la pintura". La tardía aparición del vocablo desvela dos asuntos vitales para este texto: el primero, la confirmación de que al momento de la Conquista esta palabra aún no se había definido con claridad en español; y por otro, su gestación ligada al arte de la pintura.

Sobre el paisaje concebido como pintura, éste pasa a ser un objeto mirado y representado por un pintor, quien toma el papel de observador, colocado a distancia, fuera del territorio mirado; se concibe ajeno físicamente al acontecer del paisaje que retrata. Este hecho evidencia que el concepto de paisaje implica un distanciamiento entre el hombre y la naturaleza, así como una noción en la cual participan como entes escindidos.

Sin embargo, no sobra decirlo, la idea del paisaje es dinámica y se ha transformado gracias a las modificaciones del pensamiento, en particular en lo referente a la noción de lugar y a la forma en que el ser humano se concibe en relación con la naturaleza. En algunos casos, a pesar de que las particularidades de esta relación son parcialmente identificables, el devenir del concepto,

su dispersión en espacios fuera del europeo e incluso la convivencia de varios significados han generado una multiplicidad de usos y acepciones. Entre éstas, reconocemos las que surgen del enfoque científico, utilizan el análisis de las partes para desentrañar los engranajes que existen entre ellas; la mirada estética que encuentra deleite en su contemplación a través de varias formas de representación; el sentido de su estructura como construcción social y cultural, y también la sobrevivencia de formas poéticas y sagradas de habitarlo.

El paisaje —éste parece ser uno de los acuerdos contemporáneos, y en todo caso es la acepción que utiliza este trabajo— resulta de la convergencia de un territorio que lo conforma y de la figuración de éste, dada por la mirada cultural que le otorga un significado. Una característica intrínseca en esta relación es el carácter dinámico que surge de su constitución como naturaleza-cultura en continua mutación. La disposición del paisaje no termina nunca, es siempre un fenómeno en proceso que, como sistema orgánico, no es el simple resultado de la suma de sus partes; sino el sistema que construye sus relaciones.

Devenir del paisaje en México.

El paisaje se modifica todo el tiempo; para poder leerlo como un texto dinámico se requiere comprender que su constitución es resultado del devenir histórico y cultural que lo ha ido construyendo. En este proceso, el papel del ser humano se da como *homo habilis*, que moldea, modifica y trastoca el territorio; añade nuevas características a su configuración, de manera que ya no se trata de una naturaleza original sino una forma humanizada o “paisajizada” de su aspecto.

El paisaje se concibe como una forma, pero también como una metáfora y como un sistema de signos y símbolos. Para entender un paisaje es necesario acercarse a sus representaciones escritas y orales, no sólo como ilustraciones, sino como imágenes constitutivas de sus significaciones (Nogué, 2007). Así, en las siguientes líneas se describen —atendiendo a la extensión permitida para este texto—, algunos hitos del devenir del paisaje en México, en los cuales se identifican cambios significativos de valores simbólicos y culturales. A través de ellos, buscamos acercarnos a algunas de las formas que lo han construido y las visiones que lo han significado.

La tierra en el mundo indígena.

Reconocer las características del sistema de relaciones entre los seres humanos y el territorio en Mesoamérica es una tarea por demás compleja, debido en mucho a la falta de fuentes directas para interpretarlas y a la distancia temporal y cultural que nos separa. Para analizar la idea de paisaje en Mesoamérica hay que partir del hecho antes advertido: el paisaje como concepto es de origen europeo y, aunque no sabemos si existió alguna noción similar, podemos asegurar que ésta no era equivalente. Por otra parte, y esto es más factible, pensando en lo que hoy entendemos por paisaje, con una concepción abierta, es posible echar mano de manifestaciones culturales prehispánicas en las que se expresen diversas relaciones con la naturaleza.

Resulta sugerente para esta tarea recurrir a los códices mesoamericanos, donde se representan accidentes geográficos, caminos, cuerpos de agua y pueblos que forman parte de un relato central. Es el caso de los códices *Vindobonensis* y *Xólotl*, donde el espacio geográfico es parte inseparable de la temporalidad histórica y mítica. Las huellas humanas que aparecen entre los íconos muestran la existencia de un camino con entidad física, el cual cumple dos funciones: indica un movimiento espacial y el avance temporal de una serie de sucesos. La narración es bidimensional, en ella el espacio geográfico es parte inseparable del acontecer temporal, esto muestra una concepción del mundo, y por lo tanto del territorio —o paisaje—, muy particular y diferente a la gestada en Europa.

Otra peculiaridad esencial del mundo indígena es que la comunicación de saberes se realizaba mediante la expresión oral y a través de un discurso pictórico conformado por signos y símbolos con expresividad propia. Una pintura no era una representación objetiva, estaba dotada de un carácter sagrado por contener la fuerza del conocimiento, que sólo algunos tenían el poder de interpretar. Como sucede en los códices, la tierra tiene un carácter sagrado que determina el acontecer humano, en una relación interconectada y de mutua consecuencia. En los textos gráficos, la imagen y la narración se vinculan en un discurso pictórico que no corresponde a estructuras lingüísticas, sino ideológicas. El signo que representa un elemento geográfico, un personaje o un edificio no ubica estos elementos como entes independientes, sino dentro de un relato en donde adquieren sentido al unirse en el discurso significativo. Aquí también se concreta una diferencia con el concepto europeo que requiere de un observador distante y fuera del paisaje. En los códices prehispánicos, la imagen y la narración se enlazan en un discurso pictórico a través de convencionalismos establecidos. Para esto utilizaban un medio iconográfico que no corresponde a estructuras lingüísticas sino ideológicas.

Cuando la narración de un códice estaba vinculada a un territorio, emplearon glifos que aluden a la descripción del espacio geográfico, algo de uso muy común, como es de esperarse en un territorio con importantes relieves topográficos, por ejemplo, los cerros. Éstos aparecen en muchos códices y son señal de su importancia en la cosmovisión mesoamericana, no sólo como hecho geográfico sino como representación de un concepto complejo: el *Altépetl*. Esta idea es parte del mito fundacional mesoamericano cuya construcción se rige alrededor del vínculo montaña-agua y, al mismo tiempo, refiere a una comunidad organizada cuyos miembros están atados por una ley tradicional y tienen una interacción con el entorno natural (Fernández-Christlieb, 2015). En este caso, se expresa la posibilidad de un paisaje en donde convergen: la explicación mítica del surgimiento de la vida, la presencia del territorio montañoso y la construcción política y social de sus habitantes.

El símbolo que representa una elevación topográfica, un cerro, montaña o volcán y, en ocasiones, un *Altépetl*, es una figura cónica y simétrica en cuyos contornos laterales aparecen pliegues prominentes que indican la existencia de piedras. La base de la figura está compuesta por una o dos líneas rectas, flanqueadas por dos volutas. Dentro de las visiones antigua y actual, a los cerros se les concibe como seres vivos vinculados a los relatos míticos primigenios o como morada de los dioses; incluso se les atribuye personalidad femenina o masculina, o son pensados como resultado de la fusión deidad-cerro. La tierra en el mundo indígena era receptora

y origen de la muerte-vida, fuente de misterios que explican la existencia; por ello se le atribuía un carácter animado y sagrado. (Broda, 2001).

Otros documentos a los cuales podemos acercarnos para entender la forma en que se discernió el paisaje son los mapas hispano indígenas incluidos en las *Relaciones Geográficas del siglo XVI*. Muchos de éstos, entre ellos el de Mixquiahuala, son de factura claramente indígena, se considera que fueron realizados siguiendo sus convencionalismos ancestrales. Este mapa representa un valle atravesado por un río, delimitado por diversos cerros. En el fragmento superior del mapa (figura 1.) aparecen dos conjuntos de cerros representados por el ícono característico y con un glifo (serpiente, cuchillo) que los distingue, uno en cada extremo. A la derecha están representados tres cerros, dos de mayores dimensiones y uno más pequeño al centro. Hacia el margen izquierdo, aparecen cuatro cerros, al centro de los íconos se ubica una figura de agua que bien podría referir a la presencia de un manantial o un importante afluente. En la parte central y en un plano más cercano, se encuentra un cerro representado con dos cumbres. Si comparamos el mapa con el espacio geográfico caracterizado por una fotografía actual de los alrededores del poblado de Mixquiahuala (figura 2), observamos que los picos del perfil de las cordilleras coinciden conceptualmente con los cerros representados. Las dimensiones comparativas, la forma, la presencia de agua y las características particulares pueden identificarse, pero bajo nuestra mirada, se trata de cumbres que forman parte de una cordillera y no elementos con entidad individual ni simbólica, como se aprecian en el mapa.



Figura 1. Fragmento del mapa de Mixquiahuala en las Relaciones Geográficas. (1579). Acuña, René (Ed.). 1985-86. *Relaciones Geográficas del siglo XVI*: México. Vol 1. México, UNAM. P. 40.



Figura 2. Vista del valle y el horizonte del área representada en el fragmento del mapa de Mixquiahuala de la figura 1. Fotografía de Joel Cruz Andrade, tomada el 19 de agosto de 2019.

Si bien comprender todas las claves presentes en la representación pictórica de este pequeño fragmento de paisaje es imposible, el ejemplo sirve para advertir que en el mundo mesoamericano el territorio se proyectaba como un texto cifrado, puede tener referencias a las formas físicas, pero, sobre todo, encierra mensajes atrapados en su concepción simbólica y en su papel en el conjunto del acontecer terrestre y sagrado.

Otro grupo de símbolos recurrente en los mapas hispano indígenas es el relativo a entidades acuáticas: afluentes cuyo contorno se dibuja con ondulaciones prominentes, que rematan en un círculo o un óvalo en representación de los remolinos provocados por el agua en movimiento, y cuyo cauce, en general, se rellenaba con franjas. El agua es también un elemento con cualidades físicas que no se distancian de sus atributos vinculados a la fertilidad y a los dioses; en este caso, las aguas celestes se emparentan con su advocación masculina, y las terrestres con el ámbito de la deidad femenina.

Aunque no refiere a un paisaje en sentido estricto, la poética descripción de los caballos que hicieron los informantes de Sahagún,¹ animales que les eran desconocidos e irrumpían en su territorio, es otra oportunidad de acercarnos a la forma en que los mesoamericanos conceptualizaron el mundo, en donde todo se relaciona de manera orgánica, se discierne a la naturaleza como un todo:

Vienen los ciervos que traen en sus lomos a los hombres. Con sus cotas de algodón, con sus escudos de cuero, con sus lanzas de hierro. Sus espadas, penden del cuello de sus ciervos.

Estos tienen cascabeles, están encascabelados, vienen trayendo cascabeles. Hacen estrépito los cascabeles, repercuten los cascabeles...

Sudan a mares: como agua de ellos destila el sudor.

Y la espuma de sus hocicos cae al suelo goteando: es como agua enjabonada con amole: gotas gordas derraman.

Cuando corren hacen estruendo, hacen estrépito, se siente el ruido, como si en el suelo cayeran piedras. Luego la tierra se agujera, luego la tierra se llena de hoyos en donde ellos pusieron su pata. Por sí sola se desgarran donde pusieron mano o pata.

Aquí, el caballo se funde simbióticamente con su hombre, con sus armas, con su atuendo. El caballo es su vitalidad, sudor y espuma, que imprime su rastro en la tierra, con el sonido que produce y los hoyos que ocasiona. Ésta es la descripción del paisaje-caballo que nos permite mirar una forma diferente de concebir el ser de la tierra y sus habitantes.

A través de las representaciones gráficas y literarias que hemos revisado, inferimos que tierra-paisaje en Mesoamérica era una entidad interpretada más por su totalidad asociante que por su morfología; su imagen no corresponde a una copia fiel de las características físicas visibles,

¹ Códice Florentino citado en Miguel León Portilla (ed.) (2000). La visión de los vencidos. Madrid: Dastin Historia, 45.

ni a su contorno ni necesariamente a su escala, ya que no se desprende de ellos. El sentido de la vista en la observación del territorio y de la naturaleza en Mesoamérica queda relegado a un segundo plano, sobre él predomina la representación simbólica que resume sus características particulares, pero lo ubica en el todo. Finalmente, si consideramos la centralidad visual como característica inherente al concepto de paisaje, podemos poner en duda la existencia de esta idea, al menos como era concebida en el pensamiento occidental.

Los paisajes mestizos novohispanos.

El siglo XVI en Europa vislumbró el nacimiento de la idea de paisaje, ligada a la pintura, donde un paisaje se representaba observado a la distancia e incluía, en la mayoría de los casos, alguna escena humana o un relato. El gusto por la llamada pintura de paisajes flamenca (pintura de Flandes) tuvo una rápida expansión, ésta fue muy apreciada. Este tipo de pintura influyó en la producción de una gran variedad de lienzos con paisajes en Europa, aun así, es importante señalar que, en el siglo XVI, la palabra paisaje no era de uso común fuera del ámbito de la pintura, ni profusamente utilizada en el lenguaje cotidiano.

En las crónicas de la Conquista del siglo XVI escritas por españoles no hemos localizado el uso del término paisaje. Sin embargo, existe evidencia de que la idea estaba presente más allá de su conceptualización como palabra. Llama la atención la mención del cronista Antonio de Ciudad Real (1993, 457), en el *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*, redactado alrededor de 1590, al describir la ciudad de Uxmal: "que tiene muchas figuras de serpes, ídolos y de escudos, y muchas celosías y enrejados y otras muchas labores muy vistosas y galanas, especialmente si las miran desde algo lejos, como pintura de Flandes, labradas todas en la misma piedra"; aun cuando no utiliza la palabra paisaje, refiere a este concepto, reconociendo su origen y características de representación en la pintura europea.

Como vimos, para el mundo indígena resulta intraducible la palabra paisaje, ya que su relación con el espacio y el tiempo distaba de manera esencial de la europea. En la cosmovisión mesoamericana, la reciprocidad entre la naturaleza animada y el ser humano determinaba la base de la existencia y daba sentido al mundo de la vida, más allá de su imagen. La naturaleza no puede observarse desde fuera, como lo hacía un pintor europeo, sino que se vive desde dentro, ligada al fondo místico existencial.

Debemos reconocer que la formación inicial de la idea de paisaje en el pensamiento novohispano surge del choque de los dos universos culturales que lo integraron. Así, el paisaje novohispano, considerando que la palabra y la idea se importaron de Europa, se impregnó de un mundo en tensión, en el cual la irrupción hispana logró implementarse, influida definitivamente por su contacto con la visión indígena. Fue necesaria la construcción de un medio de convivencia que afectó al paisaje, no sólo en su modificación tangible, sino en una nueva forma de significarlo. La conquista de México trajo consigo un cambio radical en los símbolos presentes en el paisaje, aparecieron signos cristianos mientras se ocultaron los referentes prehispánicos; la arquitectura se destruyó y se construyeron edificios con figuras y

siluetas hasta entonces desconocidas; los asentamientos humanos se agruparon y los *Altépetl* perdieron su compleja entidad para indicar la presencia de montañas o poblados.

La reorganización espacial del territorio se hizo indispensable en la Nueva España y también tuvo un fuerte impacto en el paisaje y sus significados. La introducción del ganado y de animales de carga lo transformaron enormemente, al hacer aparecer una nueva infraestructura de caminos y legar las huellas de sus efectos erosivos en el suelo. Las iglesias protagonizaron las vistas lejanas, en claro símbolo del triunfo de la religión cristiana. Así, poco a poco los valores indígenas atribuidos al paisaje fueron sustituidos por aquellos impuestos por los conquistadores. Para unos, el territorio era un espacio ganado, consideraban que les pertenecía por derecho adquirido, que podían modificarlo y extraer de él beneficios; mientras que para los otros se volvió un territorio nuevo y cada vez más desacralizado, al que tuvieron que irse adaptando.

El paisaje y la identidad novohispana.

Durante la consolidación de la etapa virreinal reconocemos la influencia de ideas barrocas, románticas e ilustradas, que en cada caso produjeron afectaciones al paisaje y a su valoración. Es imposible hacer aquí una descripción detallada, pero, siguiendo el objetivo del texto, podemos describir algunos momentos en los cuales encontramos la expresión de distintas posturas.

En una de ellas distinguimos que el paisaje es objeto de atención y orgullo, al aparecer como inspiración en el trabajo de algunos poetas novohispanos como Cristóbal de Cabrera, Francisco de Terrazas y Bernardo de Balbuena, aunque no se detienen en las características particulares del mismo. Más adelante, Rafael Landívar en *Rusticatio Mexicana*, publicado en 1782, brindó una descripción detallada e idílica del paisaje, invitando a los mexicanos a valorarlo por sus fértiles tierras, la riqueza del campo y los dones del cielo. Las representaciones de los paisajes, en particular de las montañas y volcanes, en la pintura de la época es también un motivo recurrente que incorpora con aprecio la reproducción de las tierras novohispanas.

Resulta sugerente, por otro lado, el análisis de los cuadros y pinturas de castas, un fenómeno pictórico de la Nueva España y del Perú en el siglo XVIII. En busca de catalogar de modo ilustrado a la sociedad novohispana se hicieron cuadros con miembros de diferentes "castas", cuyo origen era la mezcla entre las etnias. En algunos casos, los personajes se dibujaron frente a un paisaje. Si bien son paisajes idealizados como telón de fondo, que no siempre copian un espacio real, es sugerente que éstos dialogan y forman parte de la clasificación jerárquica de la casta que representan. Es común que los indígenas, en especial los del norte, denominados indios bárbaros, aparezcan retratados en sitios naturales silvestres, entre plantas, animales salvajes y cuevas, en alusión a su situación "poco civilizada". Cuando los personajes son mestizos, nacidos de peninsulares e indígenas, se les ubica en huertos o en sitios productivos, destinados a la agricultura, remitiendo a la relación de estas castas con la transformación del territorio para fines productivos. Los espacios más elaborados, particularmente los que contienen jardines formales, son el escenario donde se coloca al grupo de los peninsulares o españoles, quienes se representan ataviados con trajes muy ornamentados.



Figura 3. *De español y alvina sale negro torna atrás*. Anónimo. Colección Malú y Alejandro Escandón. Tomado de: <http://artecolonialamericano.az.uniandes.edu.co:8080/system/artworks/avatars/000/003/532/original/3532.jpg?1431730515>

El jardín, como paisaje humanizado y destinado al ocio, aparece como símbolo de refinamiento y civilidad. Bajo estos criterios se dio la remodelación de la Alameda de México, a fines del siglo XVIII, un paisaje urbano creado para la construcción de una ciudad ilustrada. Hay ya una valoración de la capacidad humana domesticadora de la naturaleza, de su función controladora y necesaria para su subsistencia; esta apreciación positiva trastoca y moldea el paisaje.

Desde luego, la dinastía borbónica, garante del pensamiento racional e ilustrado, trajo a estas tierras su idea de paisaje: por un lado, fue exaltado por ser reflejo de la inspiradora naturaleza y, por otro, se convirtió en fuente de recursos para asegurar la prosperidad del hombre, ubicado al centro de la creación. La corona diseñó eficientes estrategias para extraer materiales y bienes, de forma que aparecieron signos de deterioro, así como un cambio conceptual: los elementos de la naturaleza se apreciaron por su valía económica. Los espacios en estas pinturas hacen muy evidente la predilección por la naturaleza controlada y la presencia de un paisaje plenamente novohispano, que terminaría siendo motivo de orgullo e identidad local.

Otro momento destacable es la visita de Alexander von Humboldt, a quien muchos consideran el inventor del paisaje moderno. Este personaje describió el paisaje de México, en repetidas ocasiones, como grandioso e imponente, lo estimó como objeto de estudio científico y lo exaltó desde el pensamiento romántico. Sus ideas fueron ampliamente difundidas y permearon también en la consideración del paisaje como motivo de orgullo e identidad para los mexicanos.

Los trabajos de Humboldt produjeron un cambio fundamental y definitivo en la visión europea de América y en la del propio territorio, al ofrecer una crónica científica basada en la experiencia directa. Su objetivo era acotar y precisar las características de las tierras desconocidas, y así completar la idea del mundo. En sus publicaciones aparecen descripciones e imágenes del territorio novohispano, las cuales aumentaron el interés de viajeros europeos por aventurarse en estos dominios, en búsqueda de descubrimientos y la experiencia de lo exótico. Sus escritos dieron fuerte impulso a la construcción del registro visual de la naturaleza americana, misión a la cual colaboraron los viajeros extranjeros que escudriñaron imágenes diferentes a las conocidas, con una particular preferencia, como corresponde a las ideas del romanticismo, por las ruinas de ciudades prehispánicas.

La difusión de los dibujos y más tarde las fotografías en diversos medios gráficos mostró a los mexicanos los paisajes que habrían de integrarse definitivamente en el imaginario local. En un lapso relativamente corto de tiempo, los viajeros recorrieron una extensión considerable del territorio, dibujando un paisaje que en términos visuales construyó un imaginario sobre México. Sus puntos de vista se fijaron en la mente de muchos mexicanos quienes, sin haber conocido estos lugares, los integraron como parte de su identidad, restituyéndolos con características simbólicas identitarias.

La construcción del paisaje nacional.

Durante el siglo XIX, una vez alcanzada la independencia, la idea del paisaje mexicano se construyó como un elemento central en el ideario colectivo que formaba el concepto de nación. Surgió del reconocimiento del territorio como un paisaje propio que, al valorarse desde distintos ámbitos culturales, se volvió un pilar indispensable para la propia concepción de la nación independiente. En sí mismo, el paisaje mexicano formó parte de un imaginario fijado de manera ideal sobre la totalidad de la nación. Una nación, como afirma Anderson (2005), es una construcción imaginada que requiere apoyos para establecer vínculos, lazos entre los grupos humanos y construir así la conciencia sobre un territorio común. En el México independiente, la representación cartográfica y la difusión de imágenes del paisaje fueron factores determinantes que, por un lado, embullaron de orgullo a los mexicanos y, por otro, produjeron la selección de espacios geográficos grandiosos, devaluando de cierta manera muchos paisajes de la cotidianidad.



Figura. 4. José María Velasco. Fragmento de *Valle de México*, 1877. Óleo sobre tela, MUNAL, INBA, México.

No podemos dejar de mencionar las condiciones convulsas en que inició la vida independiente de México, marcada por la pérdida de prácticamente la mitad del territorio. El territorio mexicano tenía una gran extensión, en realidad era una cuestión poco conocida, por lo que, en la segunda mitad del siglo, y tras la sustracción, se puso particular atención en las exploraciones científicas y la representación artística del paisaje. Este fenómeno, así como las referencias globales a la proliferación de la pintura de paisajes fueron campo propicio para impulsar su presencia en el imaginario colectivo.

La manifestación de las academias como baluarte del gusto estético había hecho mella en el país; en 1855 arribó desde Italia Eugenio Landesio para instaurar la cátedra de pintura en la Academia de San Carlos (Altamirano, 2006). José María Velasco fue formado en esta institución y su obra es referente indiscutible de la pintura de paisaje en México. Su propuesta artística inicial siguió en gran medida los cánones académicos de la representación de paisajes en Europa; más adelante, en su evolución, propuso una interpretación del entorno ligada al aprecio estético del considerado grandioso paisaje mexicano. Destacan en su producción las vistas lejanas de

los valles y el horizonte montañoso, la vegetación nativa y los cielos tórridos, en un principio antecedidos por escenas costumbristas, más adelante sustituidas por referentes simbólicos. Un ejemplo de este último caso es el cuadro conocido como *México* en el cual aparecen el águila y el nopal, haciendo eco de su presencia en el escudo nacional.

Por sus cualidades estéticas, el paisaje se tomó como prueba de la grandeza de la nación mexicana; en sus detalles se expresaba la riqueza natural y el progreso anhelado de la época. Las vistas de Velasco se idealizaron, con intención de ser motivo de contemplación estética, en la cual los mexicanos encontraron su identidad vinculada a paisajes perfectos.

En el arte, el interés continuó por el paisaje impulsó el gusto y la producción vinculada a éste. En una línea continua, más adelante podemos destacar la obra de Joaquín Clausell y de Gerardo Murillo, el Dr. Atl. Ellos hicieron el paisaje más sintético, de acuerdo con las tendencias artísticas y conceptuales del momento. Clausell, seguidor del impresionismo, produjo paisajes con notable sensibilidad hacia la naturaleza mexicana, dejando entrever la búsqueda de sus misterios. El Dr. Atl incluyó formas simbólicas para destacar la fuerza expresiva y poderosa del paisaje como atributo indiscutible. Los artistas, en particular los pintores, reconocieron y propusieron diferentes valores en el paisaje, influyendo en diferente medida en la conceptualización del mismo. No está de más mencionar que el paisaje como inspiración en las manifestaciones artísticas ha perdido presencia en nuestros días, lo que nos priva de un acercamiento a la sensibilidad artística que influye y mejora nuestra relación con el mismo, demostrando tristemente que el paisaje ha perdido atención en todos los ámbitos.

El paisaje de la modernidad y el progreso.

Al finalizar el siglo, esta corriente de aprecio sensible y reconocimiento al valor estético del paisaje convivió con una nueva manera de mirarlo. Durante los gobiernos de Porfirio Díaz se realizaron numerosos esfuerzos por modernizar la nación, esto en muchos sentidos dio prioridad a valores materialistas y mercantilistas. El paisaje no quedó fuera de esta noción y en algunos documentos como el *Atlas Pintoresco e Histórico de los Estados Unidos Mexicanos* de Antonio García Cubas (1885) vemos un ejemplo: se publicó un catálogo geográfico ilustrado que muestra la riqueza de México y sus paisajes, en donde, por una parte, el autor reconoce valores culturales y, por otra, expone las posibilidades de producción y extracción de recursos naturales.

Llama la atención en este *Atlas* que, en la titulada "Carta Agrícola", aparece en la parte central un mapa de México en donde se señalan las zonas de los principales cultivos del país. En la simbología se especifican trece de ellos, entre los cuales, curiosamente, no se especifica el maíz; sin duda una de las plantas más sembradas, por otra parte, la mención a bosques, selvas y la dedicada a terrenos incultos se localiza, sobre todo, en las regiones áridas del país. Esta clasificación es sugerente ya que, de alguna manera, hace patente un juicio hacia los diferentes paisajes nacionales, la simplificación de éstos y un cierto desprecio por los terrenos no aptos para el cultivo. Sobre vegetación nativa, se limita a dos viñetas en las cuales se dibujaron algunas plantas de diferentes regiones, totalmente descontextualizadas; esto indica la valoración de ejemplares florísticos, pero

no su integración al paisaje. Las otras viñetas que enmarcan el mapa ilustran algunas de las más importantes haciendas agrícolas y ganaderas. Esta carta hace patente la instauración de una visión sobre el territorio, en la que se da prioridad a la utilidad del paisaje; su valor se ha volcado hacia sus cualidades productivas y en el potencial económico que puede generar. Destaca asimismo la introyección definitiva del paisaje agrícola y la incorporación en el territorio de muchas plantas traídas de tierras lejanas, así como la depreciación del paisaje silvestre.

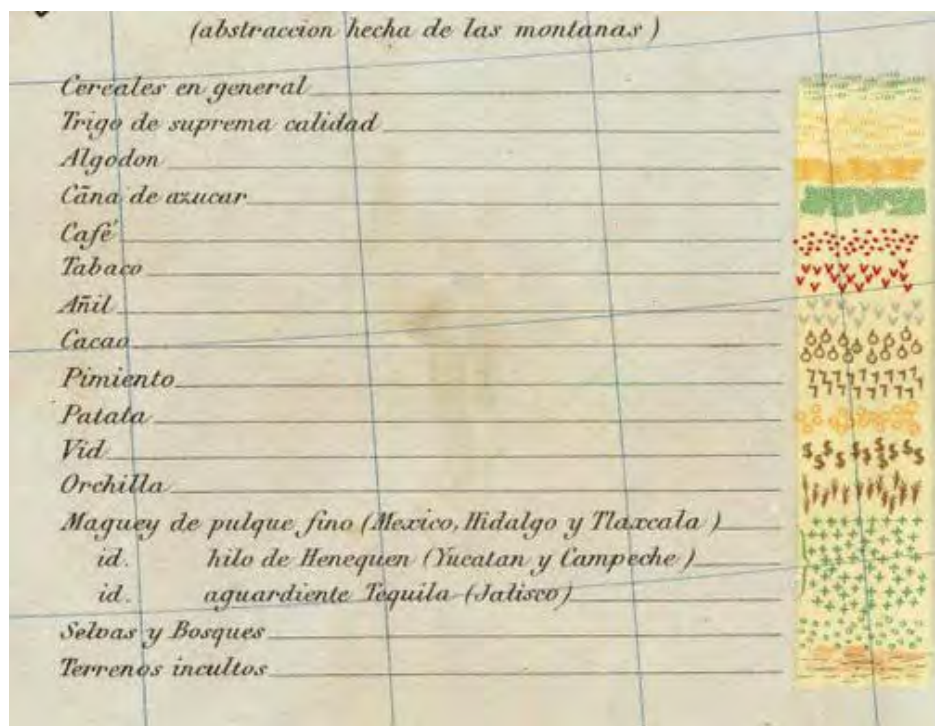


Figura 5. Antonio García Cubas. (1885) Fragmento de los signos de la *Carta Agrícola* en el Atlas Pintoresco e Histórico de los Estados Unidos Mexicanos. México. Debray y Sucesores.

En este periodo también podemos mencionar el crecimiento de los paisajes urbanos, signos de progreso y orden, así como el aspecto tangible de la modernidad mediante la infraestructura ferrocarrilera que irrumpió en el paisaje para comunicar con eficiencia a las ciudades y transportar productos agrícolas y mineros. El paisaje dejó de ser un obstáculo de comunicación y se volvió un recurso de riqueza para las poblaciones, una posibilidad de progreso humano que, visto así –al menos en el pensamiento nacional– se escindió totalmente de la naturaleza.

El paisaje hacia la justicia social.

La valoración positiva y predominante del paisaje mexicano como un espacio para la producción agrícola y ganadera continuó y, en muchos sentidos, sigue teniendo una apreciación vigente. La Revolución mexicana propuso la modernización del campo y apostó por el apoyo a la producción como medio para la reivindicación social. A la distancia, los paisajes naturales o silvestres

se destruyeron para dar paso a los anhelados campos agrícolas, inicialmente destinados a la autosuficiencia alimentaria rural, pero que terminaron por dirigirse al abastecimiento de las ciudades.

Algunas consignas postrevolucionarias, como la presente en uno de los murales que Diego Rivera pintó para la Escuela de Chapingo titulado *El espíritu de la Revolución* o *Alianza Obrero Campesina*, dictan: "Aquí se enseña a explotar la tierra, no a los hombres". Aquello vislumbrado al finalizar el siglo XIX cobró un nuevo impulso al plantear que la explotación del territorio sería fuente de la anhelada justicia social. Los paisajes, como los del mural de Rivera, fueron transformados en territorios geometrizados, antropizados y valorados por representar una fuente de trabajo y producción, que aseguraría bienestar social para todos. Por otra parte, las consecuencias de la reforma agraria y la repartición del territorio, objeto de un análisis profundo por parte de otros coautores de esta publicación, fueron otros factores que determinaron una nueva visión del paisaje como tierra en propiedad, con todos los derechos que esto otorga al beneficiario y, por lo tanto, una ratificación de su valoración objetual para el beneficio humano.



Figura 6. Diego Rivera. (1924). *El espíritu de la Revolución*, 1924. Fresco, Universidad Autónoma de Chapingo. Banxico.

Quizá sobra decirlo, pero vale la pena recalcar que al paso del tiempo todas estas posturas han conformado una justificación para la explotación de la tierra sin límites, lo cual ha ocasionado un tratamiento cosificado: el valor se reconoce siempre ligado a la obtención de recursos, así llamados, naturales. Otro de los eventos relevantes del siglo XX es la invención del cine, sin duda una influencia masiva en la apreciación del paisaje, utilizado aquí como espacio de expresión. La época del llamado cine de oro mexicano, durante la década de 1940, destaca por la inclusión protagónica del paisaje en la producción. En particular, las películas de la dupla Emilio Fernández y Gabriel Figueroa pusieron al alcance de un amplio público una multiplicidad de estupendas imágenes del paisaje de diferentes puntos del país, muchos de los cuales eran poco conocidos hasta entonces por la población en general; se mostraron como un personaje que participaba en el drama humano que era centro de las historias (García, 1997).

Estas películas fueron proyectadas en las salas de México y del extranjero, entre ellas destacan: *María Candelaria*, en los paisajes tradicionales de Xochimilco, *Enamorada* en las tierras revolucionarias de Cholula, *La perla* en Acapulco, *Bugambilia* entre el campo del Bajío mexicano, *Maclovía* en el lago de Pátzcuaro, *Pueblerina* en el ámbito rural de la Cuenca de México, entre otras. Esto colaboró a la construcción de un imaginario de diferentes regiones del país que, en conjunto, formaron una idea sobre el paisaje mexicano con una estética particular: una exaltación de los espacios rurales tradicionales, que aún hoy tiene impronta en la idea de lo mexicano.

Los valores estéticos del paisaje presentado en estas películas hacen eco de las vistas lejanas que artistas como José María Velasco pusieron en la escena pictórica, o que Serguéi Eisenstein había probado en su película-documental ¡Que viva México! El alcance masivo del cine comercial hizo que su difusión fuera mucho mayor y, en consecuencia, la apropiación de estas imágenes dominó en la idea del paisaje mexicano. Éste tuvo una estética propia, identificable mediante la figura de la diversa sociedad mexicana, y fue acompañante empático, no sólo como escenografía sino como parte de la vida cotidiana.

Si el nacionalismo intentó distinguir y en cierta medida acordar los paisajes que representaban lo mexicano, el desarrollo del siglo xx a través del cine en un inicio trajo consigo una ampliación de la mirada hacia la diversidad de paisajes nacionales. Surgió un creciente interés por hacer viajes y visitar diferentes regiones, que se aceleró al término de la Segunda Guerra Mundial. Esta actividad ha crecido de manera sostenida, tanto que ha terminado por posicionar a México como uno de los destinos más atractivos para el turismo mundial, a través de una variada oferta de opciones entre las que sobresale, en los últimos tiempos, el atractivo hacia sus paisajes. El interés del Estado en cuanto al turismo se centra en la derrama económica que produce, dejando de lado e ignorando la garantía de protección y conservación de los paisajes.

En este acontecer, el paisaje es utilizado como atrayente de turismo, como mercancía que puede ser modificada de acuerdo con las preferencias de consumo de los visitantes, a quienes se ofrecen paisajes escenográficos inventados y cuya única misión es el ser imanes de divisas. El efecto devastador que esto trae consigo es evidente.

Convergencias en el paisaje mexicano contemporáneo.

Incursionar en la variedad de valores y desvalores del paisaje en el México contemporáneo es imposible, no solamente por la complejidad del fenómeno y lo corto de este trabajo, sino porque nos encontramos inmersos en el proceso y no contamos con la distancia necesaria para hacerlo. Lo que sí podemos es elaborar algunas afirmaciones de índole general como que el paisaje es objeto de interés en la actualidad, al menos en el mundo académico, y los conceptos y valores que entraña tienen múltiples orígenes; varios de ellos, incluso con posturas antagónicas, conviven al mismo tiempo, como hemos podido observar en estas líneas.

Hago una invitación aquí, para comprender la complejidad del fenómeno del paisaje mexicano en la actualidad, a revisar los trabajos de análisis y reflexión que los coautores de este libro exponen

con destreza y que, en conjunto, presentan una de las grandes problemáticas del paisaje mexicano. Acerca de la afirmación sobre la atención hacia el paisaje, hemos empleado como indicador una herramienta que proporciona información sugerente: la tendencia de búsquedas en Google de esta palabra en el mundo, presentada a continuación. La escala de la columna incluye los números que reflejan el interés de búsqueda, en relación con el valor máximo mundial de personas con acceso a internet de 2004 a la fecha. Para comprender la escala: el 100 indica la búsqueda máxima del término *paisaje* en azul y de *landscape* en rojo, mientras que 50 señala que tuvieron la mitad de popularidad en relación con el valor máximo. Los valores máximos mostrados en la figura 7 aparecen en relación con la palabra *landscape* por ser el inglés uno de los idiomas más difundidos en todo el planeta. Observamos un aumento del interés en 2004, así como la estabilización de las búsquedas de 2008 a la fecha. En español, la gráfica muestra una intención constante y mantenida, con una ligera alza a lo largo del periodo.

Por otra parte, se incluye un mapa que señala, empleando los mismos códigos de color, los países en donde las palabras son más buscadas. En español, destaca el mayor interés en Colombia, Argentina, Chile y México, en cuarto lugar, seguidos por España. Si bien esta herramienta no representa una realidad compleja, nos deja ver que nuestro país participa del interés en el paisaje, aunque éste podría no ser mucho en relación con lo que sucede en otros países de Latinoamérica.

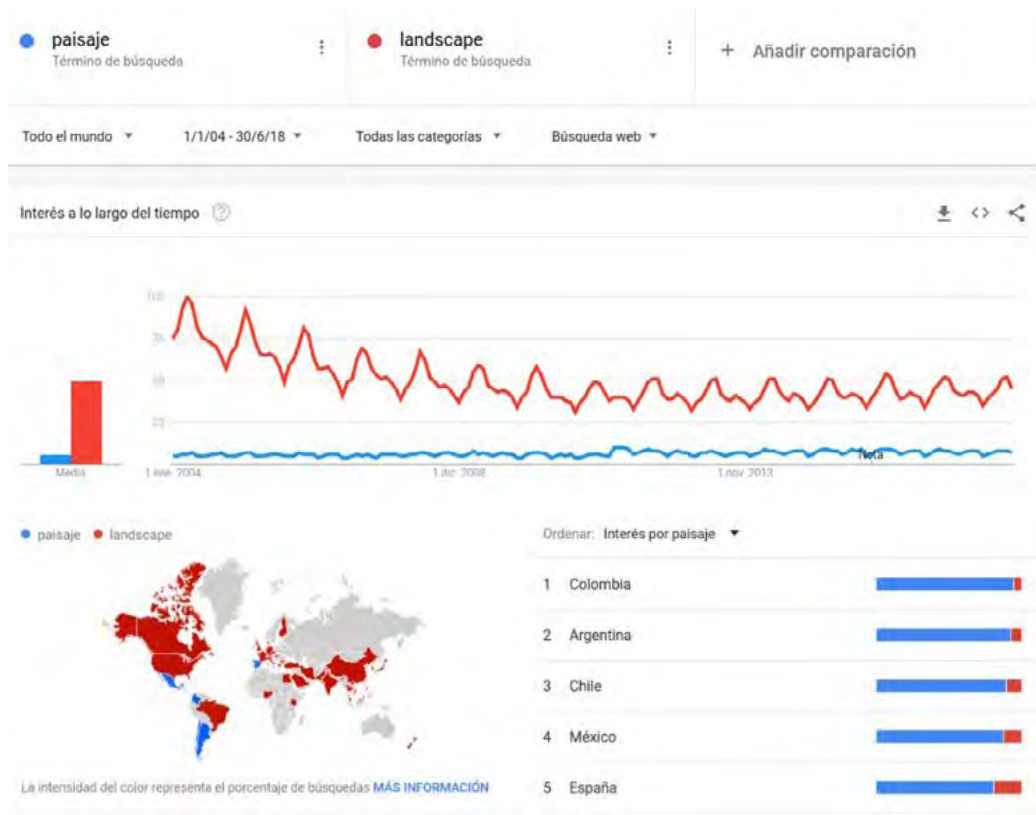


Figura 7. Frecuencia y origen de la búsqueda de las palabras *paisaje* y *landscape* en el mundo de 2004 a la fecha. Fuente: Google trends, 2018.

En la búsqueda de la palabra en México se localiza por igual información interesante y sorprendente: los estados en donde se busca más son Oaxaca, Chiapas, Guerrero, Tabasco e Hidalgo. La Ciudad de México aparece en el puesto 29. Estos datos revelan tendencias que pueden originar múltiples estudios, los cuales apoyarían dando pistas que nos ayuden a entender mejor el comportamiento y la idea del paisaje en el país.

Llaman también la atención los temas principales relacionados a la consulta de la palabra, en los que destacan, por número: el o un paisaje, qué es el paisaje, paisaje natural e imágenes del paisaje. Otros temas vinculados son: la región, el espacio urbano, el accidente geográfico y el medio rural.

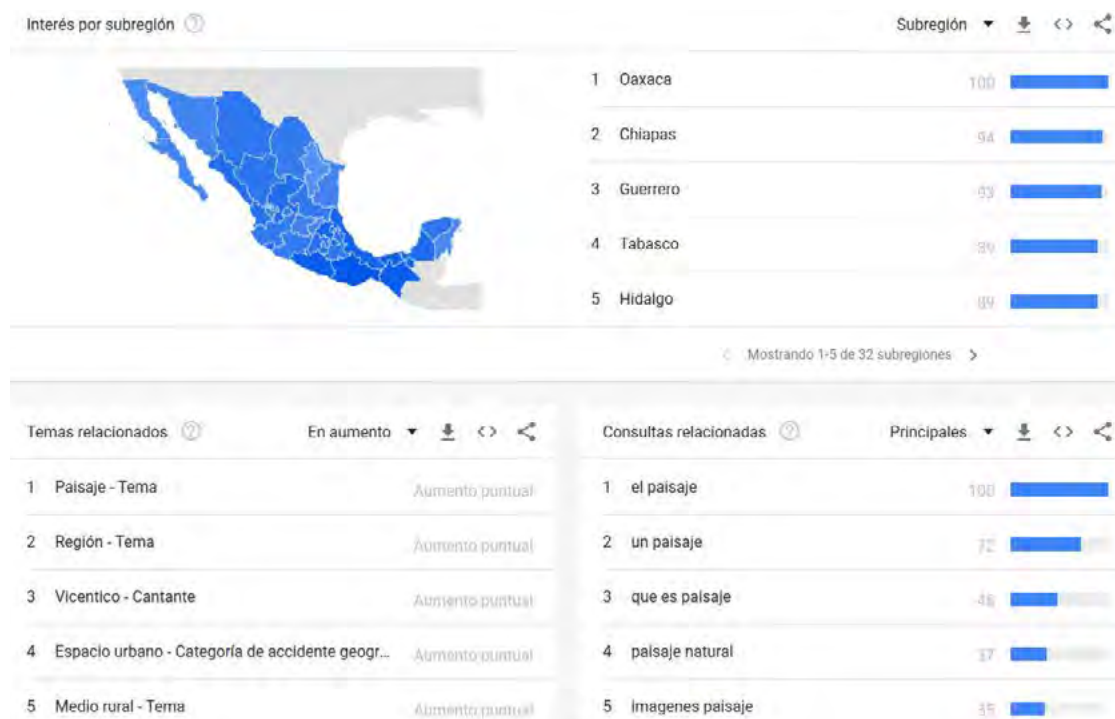


Figura 8. Temas y consultas relacionadas sobre Paisaje en México de 2004 a la fecha. Fuente: Google trends, 2018

En la actualidad hablamos cada vez más sobre paisaje y tenemos la sensación de utilizar más la palabra en el lenguaje cotidiano, pero en realidad poco reflexionamos sobre el mismo. La confianza en la ciencia y el avance sin precedente de la capacidad técnica para transformar el territorio, en aras del servicio al bienestar humano, nos han hecho perder conciencia de los efectos de nuestra actuación y ha puesto en grave peligro la biodiversidad y los ecosistemas nacionales. La reflexión sobre nuestro ser en la Tierra parece ser un tópico sin valor, adjudicado a los denostados románticos. La cualidad auto genésica de la Tierra continuará, pero la estamos forzando a dar un giro que con toda seguridad no contempla la conservación de las formas de vida como las conocemos, quizá estamos acelerando la oportunidad de nuestra especie de mirar y habitar el planeta con conciencia.

Un mejor lenguaje para el paisaje.

Los paisajes de México son tan diversos como son las expresiones culturales que los han formado, no sólo en cuanto a su apariencia física, sino en su contenido y valoración cultural. En este texto hemos descrito algunos momentos emblemáticos que muestran los cortes y las continuidades en las miradas sobre el paisaje. Los relatos muestran algunas consideraciones sobre el mundo indígena y la ruptura cultural que representó la visión de los conquistadores, así como el surgimiento del paisaje mestizo que enlazó las miradas de dos mundos y erigió una propia. Más adelante, se dio la construcción del paisaje nacional, símbolo y motivo de orgullo para la nación independiente, y los diferentes juicios productivos, estéticos y poéticos que llenaron de sentido a lo largo del tiempo.

En la actualidad, las capas que subyacen en los paisajes mexicanos son complejas, algunas están visibles, pero otras, la mayoría, son ignoradas. No se comprende el paisaje como resultado de procesos históricos y culturales; lamentablemente, los efectos de esta falta de conciencia muestran hoy paisajes en tensión y desequilibrio.

Prevalece el valor económico y servil, pero también perviven otras miradas que aprecian y habitan un paisaje lleno de significado y tradición. El mundo mesoamericano vive en las tradiciones de algunos pueblos de México, sabemos que ellos siguen tejiendo una relación simbiótica con la tierra: le hablan, le hacen dádivas antes de sembrar, le piden lluvia y agradecen la cosecha. Todavía hoy se entregan ofrendas a los grandes volcanes y se pide a los cuatro rumbos la bendición de los pueblos. Los poetas mexicanos indígenas como Macario Matus, Gabriel Pacheco Salvador e Irma Pineda Santiago siguen expresando su canto al paisaje, escuchándolo y buscando el lugar y la forma inefables del misterio en donde la naturaleza y el ser humano no se distinguen.

Lo que necesitamos hoy es practicar el acercamiento sensible y entrenarnos para leer en el paisaje la historia de nuestros pueblos, el devenir de sus significados y el aprecio por el paisaje, para considerarlo el bien patrimonial más valioso. Aproximarnos a su sensibilidad es todavía posible si partimos de la premisa de que toda acción sobre y para el paisaje debe iniciar con un lenguaje de reverencia y respeto por la naturaleza, y por la cultura que nos permite mirarlo.

Bibliografía.

ACUÑA, René (editor) (1985-1986) *Relaciones Geográficas del siglo XVI*. Ciudad de México:3 vols. UNAM.

ALTAMIRANO PIOLLE, María Elena (2006) *José María Velasco. Paisajes de luz, horizontes de modernidad*. Ciudad de México: DGE Equilibrista.

ANDERSON, Benedict (2005) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

- BRODA, Johanna; IWANISZEWSKI S.; MONTERO, A (2001) *La montaña en el paisaje ritual*. Ciudad de México: UAP, Conaculta, UNAM.
- DE CIUDAD REAL, Antonio (1993) *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España*. Ciudad de México: UNAM.
- FERNANDEZ-CHRISTLIEB, Federico (2014) "El nacimiento del concepto de paisaje y su contraste en dos ámbitos culturales: el viejo y el nuevo mundo". En *Perspectivas sobre el paisaje*. México: Instituto de Geografía UNAM. 57-79.
- FERNANDEZ-CHRISTLIEB, Federico (2015) Landschaf, Pueblo and Altepétl: A Consideration of Landscape in Sixteen-Century Central Mexico. *Journal of Cultural Geography*. 331-361.
- FERNANDEZ-CHRISTIEB, Fernando; RAMÍREZ-RUIZ, Marcelo (2016) "El concepto de 'paisaje' en lengua castellana: una hipótesis geográfica de sus equivalencias en la Nueva España de los siglos XVI Y XVII." *Journal of Latin American Geography*, vol. 15. Iss. 2. Tomado de <http://muse.jhu.edu/article/627434>.
- GÁMIR ORUETA, Agustín y Carlos Manuel Valdés (2007) *Cine y geografía: espacio geográfico, paisaje y territorio en las producciones cinematográficas*. Boletín de la A.G.E. n° 45. Madrid: Asociación de Geógrafos Españoles. 157-190.
- GARCÍA CUBAS, Antonio (1885) "Carta agrícola", *Atlas Pintoresco e Histórico de los Estados Unidos Mexicanos*. Ciudad de México: Debray y Sucesores.
- GARCÍA RIERA, Emilio (1987) *Emilio Fernández (1904-1986)*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, RTC, Cineteca Nacional.
- GARCÍA RIERA, Emilio (1997) *Historia documental del cine mexicano*. Ciudad de México: CONACULTA, IMCINE, Universidad de Guadalajara.
- GLOCKNER, Julio (2012) *Los volcanes sagrados. Mitos y rituales en el Popocatepetl y la Iztaccíhuatl*. Ciudad de México: Prisa Ediciones.
- JOHANSSON, Patrick (2004) *La palabra, la imagen y el manuscrito. Lecturas indígenas de un texto pictórico en el siglo XVI*. Ciudad de México: UNAM.
- JOHANSSON, Patrick (2001) *La imagen en los códices nahuas: Consideraciones semiológicas en Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 32. Ciudad de México: UNAM Instituto de Investigaciones Históricas. 69-124.
- JOHANSSON, Patrick (2010) *El español y el náhuatl. Encuentros, desencuentros y reencuentros. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua*. México: UNAM.
- LANDIVAR, Rafael (1924) *Rusticatio mexicana*. Ciudad de México: Sociedad de Edición y Librería Franco Americana.

LARRUCEA, Amaya (2016) *País y paisaje. Dos invenciones del siglo xix mexicano*. Ciudad de México: Facultad de Arquitectura UNAM.

LARRUCEA, Amaya (2008) "La Alameda: El primer jardín público novohispano". *Anuario de Estudios de Arquitectura*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana. 115-123.

LARRUCEA, Amaya (2018) "Dos paisajes, una historia: Encuentros en la cartografía hispano indígena". En Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero, editores. *Paisaje e historia*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria. 67-90.

LEÓN PORTILLA, Miguel. (2003) *Códices. Los antiguos libros del Nuevo Mundo*. Ciudad de México: Editorial Aguilar.

LEÓN PORTILLA, Miguel.(editor) (2000) *La visión de los vencidos*. Madrid: Dastin Historia.

MADERUELO, Javier (2005) *El paisaje. Génesis de un concepto*, Madrid: Abada editores.

MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo y Nicolás Ortega Cantero (2009) *Los valores del paisaje*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria.

NOGUÉ I FONT, Joan (2007) El paisaje como constructo social. En NOGUÉ, Joan (ed.) *La construcción social del paisaje* (pp.9-24). Madrid: Biblioteca Nueva.